

# LA CALLE DE LA GRAN OCASIÓN

(Dos Diálogos)

Por Luisa Josefina HERNÁNDEZ

Dibujos de Salvador PINONCELLY

RAMÓN. DON EULOGIO.

*"...non. piu beve del fiume acqua, che sangue"*

RAMÓN

Don Eulogio, está usted en presencia de un héroe, del hombre más grande de este ya heroico pueblo.

DON EULOGIO

Sinceramente, no lo había notado.

RAMÓN

Frente a un gigante que ha sacrificado su vida por la noble institución de la familia. No hay nada más grande en el mundo que eso, la familia.

DON EULOGIO

¿Te parece?

RAMÓN

Comprendo que usted dude, porque a pesar de ser un hombre de bien, jamás ha hecho otra cosa que condescender; nada de grandes sacrificios, ni de hechos sobresalientes, ni de terribles privaciones.

Yo, en cambio...

DON EULOGIO

Me encantaría que me contaras lo que has hecho, para ver si mereces tu fama.

RAMÓN

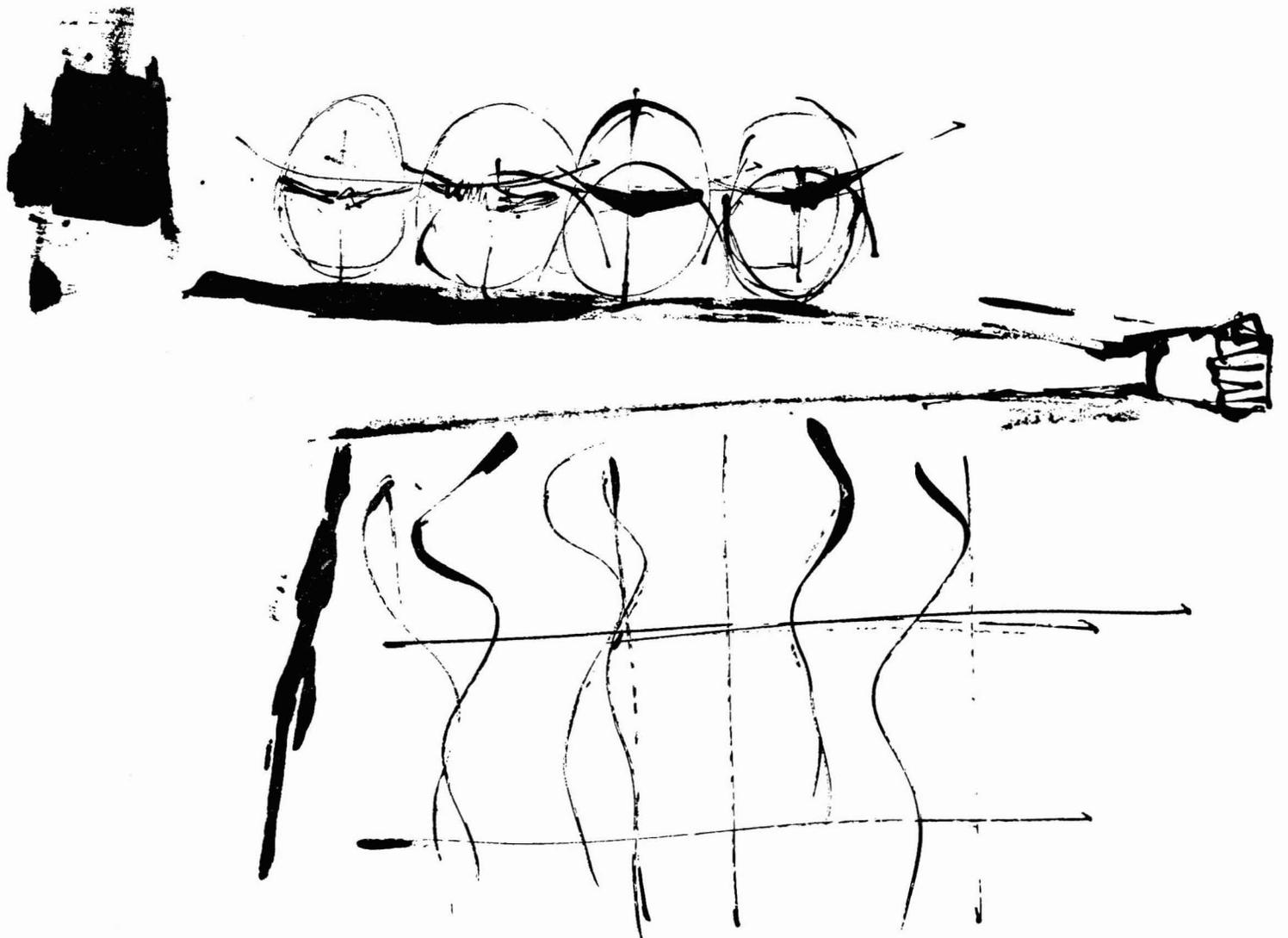
Yo... Empecemos por el principio. Hay cosas que no pude evitar porque sucedieron cuando era demasiado joven: los matrimonios de mis dos hermanos mayores. No pude evitarlos, pero fue justamente con el marido de la mayor cuando probé mi sabiduría.

DON EULOGIO

No me digas.

RAMÓN

Era un hombre estricto, de mal carácter, que refunfuñaba todo el día y la trataba como una esclava. Ella pasaba las horas lavando, porque él no quería que las criadas tocaran nada de lo que se iba a poner... lo mismo sucedía con la comida y con el pan. Mi hermana no tenía tiempo para nada que no fuera él... Por eso, una noche que me había tomado unas copas, lo saqué de su cama a la fuerza, así medio desnudo. Lo llevé hasta la calle y como había



llovido, aproveché para arrastrarlo en varios charcos y estuve revolcándolo hasta que me cansé. Por eso se fue de la casa y también del pueblo.

DON EULOGIO

Y tu hermana, ¿qué dijo?

RAMÓN

Lo que dijera es lo que menos importa, las mujeres, por desgracia no son inteligentes. El caso es que yo la salvé y tarde o temprano tendrá que agradecermelo.

DON EULOGIO

¿Qué hace ella ahora?

RAMÓN

Lava ropa para ganar dinero, porque el cerdo no se ha vuelto a acordar de ella. Así son ciertos hombres. Ahora voy a contarle lo que sucedió con mi otra hermana. Ella, como usted sabe, es una mujer enfermiza que casi no podía atender a su marido. Despertaba con unos dolores de cabeza que no la dejaban en varias horas y en la tarde le empezaban los calambres por todas partes. A usted puedo decirle que esa hermana mía es una santa y en eso, mucho se parece a mí. Pues un día, cuando llevaban tres o cuatro años de casados, cuando el marido debía haber estado dedicado a cuidarla y a quererla, y sobre todo, convencido de que no había otra mujer más santa que ella... ¡lo encontré besando a otra! Iban en un automóvil de esos con capota baja que alquilan para el carnaval. Era una orgía. Se habían detenido frente a la refresquería de Don Nacho y el mozo estaba sirviéndoles dos nieves de coco. A mí se me revolvió la sangre con la bilis y quise matarlo. Empecé a estrangularlo, pero la mujer se puso a gritar como puerca en el matadero... como si a ella le importara un asunto meramente familiar. Vino la policía y tuve que irme corriendo. El adúltero tampoco volvió a su casa y con eso demostró lo poco que quería a mi hermana... Además he pensado que se fue a vivir para siempre con la otra porque creyó que con sus gritos le había salvado la vida.

DON EULOGIO

Y tu hermana, ¿qué pensó?

RAMÓN

Ella no supo que hacer, pero al fin se dio cuenta quienes son los que de veras la quieren y se fue a vivir conmigo y con papá. Y para que usted vea hasta que punto le hizo bien que le quitara de encima a ese ingrato, le diré que ya no está enferma de nada. Goza de excelente salud y es la que nos sirve a nosotros dos, trabaja tanto que hemos terminado por despedir a la criada y darle el sueldo a ella. Yo siempre le digo que ni una madre la hubiera protegido tanto como yo.

DON EULOGIO

Vaya, hombre.

RAMÓN

Pero esto no es nada, Don Eulogio, nada, comparado con los favores que me debe mi padre. Sin faltarle al respeto, porque mi padre es admirable, voy a confesarle que también tiene sus debilidades. Esto es un secreto y quisiera que usted me prometiera no decírselo a nadie.

DON EULOGIO

Si es un secreto muy grande, tal vez no deberías contármelo.

RAMÓN

Tengo que contárselo para que usted se haga una idea de lo que yo valgo. Nada más que júreme que no se lo dirá a nadie.

DON EULOGIO

Te lo juro.

RAMÓN

Pues hace ya como diez años había una viuda que vivía en la esquina del parque, frente a la cantina y junto a la panadería, como usted verá, en un lugar muy prominente. Esta viuda tenía muchísimo dinero; dicen que apenas abría los ojos y ya se había puesto sus aretes de diamantes y un anillo con una esmeralda del tamaño de una muela. Y al rato, yo la vi varias veces, ya estaba en la ventana, con su vestido de encaje y sin hacer nada. Papá tenía que pasar por esa esquina para ir y venir de su trabajo y la veía cuatro veces al día, ciento veinte veces al mes ¿se da usted cuenta? Un día, ni mis hermanas ni yo supimos cómo, llega papá a la casa con ella para decirnos que la llevaba para que conociera a su futura familia. ¡Como si una mujer tan vanidosa, casi una prostituta, pudiera reemplazar a mi pobre madre! Yo, que soy el más decidido, así se lo dije y ni siquiera me detuve a escoger las palabras más finas, ni nada. La viuda, que de tan presumida que es, se cree muy digna, no contestó ni una palabra: tomó su sombrilla que había dejado sobre una silla y se fue contoneándose sin siquiera mirar a papá. Y no me pregunte usted que fue lo que él dijo, porque hasta estas fechas no ha vuelto a mencionarla, ni siquiera cuando yo he querido hacerle comprender el fracaso que hubiera sido su vejez al lado de una mujer con tantas alhajas. ¿Qué le parece?

DON EULOGIO

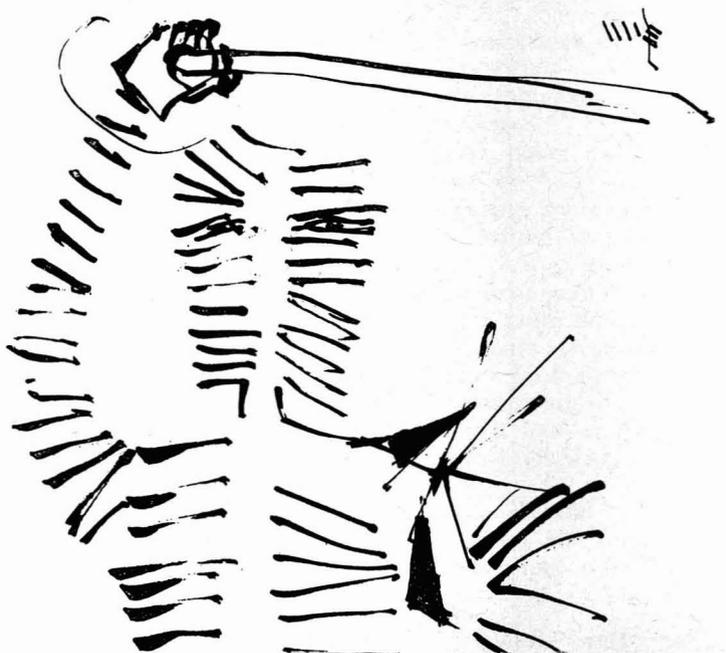
Pues mira, hay algo que me llama la atención y es que al parecer toda tu vida has hecho cosas muy definitivas en los asuntos de los demás, los has salvado, como tu dices... pero dime ¿no has hecho nada por salvarte a tí mismo de algún... peligro?

RAMÓN

En cuarenta años que tengo nunca me he casado, ni he tenido hijos, ni novias...

DON EULOGIO

¿No te has enamorado?



RAMÓN  
Tuve una compañera.

DON EULOGIO  
Y ¿te salvaste de ella?

RAMÓN  
Sí. Era . . . era una mujer llena de mañas, como casi todas. Me quería para siempre, para que le estuviera dando dinero, y para que durmiera todas las noches con ella y que me emborrachara nada más los sábados . . . y también me salvé. Cuando salió con su maña mayor y me dijo que iba a tener un hijo, yo por supuesto, le contesté que no creía que fuera mío y tuve razón, porque antes de que el niño naciera se casó con otro y tan contenta como si nada.

DON EULOGIO  
Ya veo que has sido un gran hombre.

RAMÓN  
¿No se toma otra copa?

DON EULOGIO  
Nada más llevo a la segunda y ya hace rato que me la tomé.

RAMÓN  
Yo no llevo la cuenta, me tomo las que quiero y cuando quiero. Allá cada quien . . . pero antes de que se vaya quiero decirle que es usted un cobarde, un hombre sin carácter y sin personalidad.

DON EULOGIO  
. . . Puede ser.

RAMÓN  
Y ¿sabe por qué se lo digo?

DON EULOGIO  
No exactamente.

RAMÓN  
Porque si usted no fuera así, no hubiera aguantado que yo me pasara tanto tiempo contándole lo heroico que soy.

CLEMENTINA. CLAUDIO.

*"Noble señora de provincia, unidos . . ."*

CLEMENTINA  
Esta alhaja es la más hermosa que tenemos. Tiene cuatro amatistas y el engarce es finísimo.

CLAUDIO  
Usted es Clementina, la más joven de las Ruiz.

CLEMENTINA  
¿Joven? ¿Desde cuando son jóvenes las cuarentonas, señor López?

CLAUDIO  
Antes, me decía usted Claudio.

CLEMENTINA  
¿Antes? ¿Cuándo?

CLAUDIO  
Cuando fue usted a aquel baile. Antes de que dejara de salir.



CLEMENTINA  
Es verdad. Pues como le decía, es una de nuestras mejores alhajas. Mírela bien, Claudio.

CLAUDIO  
Es hermosísima.

CLEMENTINA  
¿No se anima a comprarla?

CLAUDIO  
No tengo tanto dinero en casa. ¿Le urge venderla?

CLEMENTINA  
No precisamente. Pero ahora que murió mamá, hemos decidido deshacernos de todas estas cosas. No tenemos hijos ni sobrinos, ¿para qué las queremos?

CLAUDIO  
Yo tampoco tendría a quien dársela . . . a menos que una de mis hermanas . . . Dígame usted ¿no era este collar el que llevaba en aquel baile?

CLEMENTINA  
¿Cómo puede usted acordarse de un baile de hace veinte años?

CLAUDIO  
¿Era o no era?

CLEMENTINA  
Sí. Ese día me lo regalaron.

CLAUDIO

¿En cuánto quiere usted venderlo?

CLEMENTINA

Me aconsejó el joyero que no lo diera en menos de cinco mil pesos.

CLAUDIO

Me parece poco. El trabajo es finísimo y las piedras...

CLEMENTINA

El trabajo en oro no cuenta para venderlo. Las piedras las trajo papá de Rotterdam en uno de su viajes.

CLAUDIO

Sí, es verdad que viajaba mucho. Recuerdo que pocos días después de aquel baile su padre murió y ustedes no volvieron a salir a la calle... ¿por qué?

CLEMENTINA

Primero, por el luto.

CLAUDIO

Ahora también están de luto.

CLEMENTINA

Sí, es verdad. Y... con tanto calor.

CLAUDIO

¿Por qué no viene usted a mis huertos a dar un paseo? Allí hace otra temperatura... el viento... y los árboles...

CLEMENTINA

¡Me gustaría mucho! Hace años que no voy a un huerto.

CLAUDIO

¿Le parece bien mañana?

CLEMENTINA

Y... y... ¿mis hermanas? ¿qué dirán?

CLAUDIO

¿De qué?

CLEMENTINA

De que no guardo el luto en forma apropiada.

CLAUDIO

Pero Clementina ¡si ha salido usted a la calle!

CLEMENTINA

Sí, pero salí a hacer un negocio.

CLAUDIO

Bueno. Y ¿qué hacía usted encerrada todos estos años?

CLEMENTINA

Pasteles, costuras, regaba las plantas. Tenemos millones de plantas. A veces paseaba por el jardín y casi daba carreras... ¡de fastidio! También leía libros...

CLAUDIO

¿Qué libros?

CLEMENTINA

De Historia y Geografía... en francés.

CLAUDIO

Ah sí. En nuestra época, las personas bien educadas sabíamos francés.

CLEMENTINA

¿Todavía se acuerda usted de su francés?

CLAUDIO

Un poco. Y después del luto de su padre ¿por qué no salió más?

CLEMENTINA

Es algo muy peculiar. A mis hermanas no les gusta decirlo. Fue por un rencor.

CLAUDIO

¿De quién?

CLEMENTINA

De mamá. Voy a contárselo. Imagínese que al morir papá, averiguó que tenía una familia igual a la nuestra en otra parte. Una mujer y cuatro hijas, todas muy vulgares. Se puso a hacer cuentas y llegó a la conclusión de que había vivido más tiempo con ellas que con nosotras, porque le gustaban más. Entonces mamá tuvo una crisis en la que se arrepintió de todo, de su matrimonio, de habernos tenido, de la educación que nos venía dando... y nos encerró. Dijo que no valía la pena de que cuatro mujeres tan refinadas anduvieran por el mundo.

CLAUDIO

Y ustedes ¿no se resistieron?

CLEMENTINA

A veces. ¡Pero nos habían enseñado a ser tan dóciles!

CLAUDIO

Todavía es usted tan rubia como entonces. ¡Y tan desenvuelta!

CLEMENTINA

Eso último es nada más la buena educación... ¿Y usted?

CLAUDIO

Me casé y fui... muy feliz. Vivimos muchos años dichosos pero sin hijos. Al fin íbamos a tener uno y los dos murieron en el parto.

CLEMENTINA

Lo siento.

CLAUDIO

Pero esas cosas pasan, como todo. Luego la soledad y los libros en francés.

CLEMENTINA

¿Le gusta el collar?

CLAUDIO

Tengo una idea. Comprárselo en abonos.

CLEMENTINA

¿En abonos? Pero eso es de muy mal tono...

CLAUDIO

Sí. Pero de muy mal tono mío, no de usted.

CLEMENTINA

¿Mensuales?

CLAUDIO

No. Diarios y con ciertas condiciones.

CLEMENTINA  
¿Cómo dice usted?

CLAUDIO  
Eso que dije. Me temo que la asusto, Clementina. ¡Si viera que cara puso!

CLEMENTINA  
No me asusta pero no le entiendo. ¿Cómo sería eso?

CLAUDIO  
Sí. Usted vendría todos los días a cobrarme un abono, digamos de . . . veinticinco centavos.

CLEMENTINA  
¿Cómo?

CLAUDIO  
De veinticinco centavos. Entre tanto, puede usted conservar su collar hasta que yo termine de pagarlos.

CLEMENTINA  
Y ¿las condiciones?

CLAUDIO  
Que venga usted misma a cobrarlo y que cuando no pueda, por alguna razón, no se acumule mi deuda, sino que se detenga hasta que usted pueda venir y yo reanude el pago.

CLEMENTINA  
¡Qué extraño es todo esto!

CLAUDIO  
Una mujer que se ha pasado veinte años encerrada a causa de un rencor, no puede permitir que nada le parezca extraño.

CLEMENTINA  
¿Cree usted? . . . Dice usted que tengo que venir todos los días a que usted me de veinticinco centavos y que si no vengo . . . falto a las condiciones y usted deja de pagarme hasta que yo regrese. Y mientras tanto, puedo quedarme con el collar . . .

CLAUDIO  
Me ha comprendido usted perfectamente. Dígame Clementina ¿usted también recuerda el baile?

CLEMENTINA  
Sí . . . recuerdo . . . el ramito de flores con mango de marfil que usted me regaló. Todavía lo conservo. Estaba usted en la puerta con sus flores cuando entré con papá . . .

CLAUDIO  
Estaba usted vestida de lila y sus cabellos . . .

CLEMENTINA  
Allí le di el brazo . . .

CLAUDIO  
No perdimos ni una sola pieza. Ya se murmuraba.

CLEMENTINA  
No Claudio, lo del collar es demasiado extraño. ¿Qué dirán?

CLAUDIO  
Que hace usted un negocio. ¿Acepta usted?

CLEMENTINA  
. . . Acepto.

CLAUDIO  
Desde mañana, entonces.

CLEMENTINA  
Desde mañana . . .

CLAUDIO  
Le tendré preparado un buen vaso de limonada y mi álbum. Tengo un álbum de fotografías que va a recordarnos muchas cosas . . . ¿Por qué vino a venderme la alhaja precisamente a mí?

CLEMENTINA  
Porque recordaba que era usted hombre de buen gusto. Buenas tardes.

CLAUDIO  
Gracias. Buenas tardes.

CLEMENTINA  
Se me olvidaba. ¿Cuanto piensa usted pagarme por el collar?

CLAUDIO  
Lo que usted mande.

CLEMENTINA  
Adiós. Hasta mañana.

